

estas cuestiones, de los argumentos en contra de la Ley Veil sobre el aborto?

J.-L. F.—He de precisar antes que nada que no es mi experiencia de historiador la que me hace tomar postura en este debate, sino la idea que me hago de las consecuencias respectivas de una Ley que autoriza el aborto frente a otras que lo prohíben. Sólo actuó como historiador por lo que se refiere al "slogan": "Dejadlos vivir". Hace casi dos milenios —ya he dicho en otra ocasión— que la Iglesia explica su hostilidad al aborto por su respeto intransigente de la vida. Y, sin embargo, lo que sé de los escritos cristianos relativos al aborto, al infanticidio y a la anticoncepción en el transcurso de los dos últimos milenios me hace pensar que no es el rechazo de la muerte lo que fundamenta la actitud de la Iglesia en este asunto.

"En primer lugar, porque en determinadas ocasiones la Iglesia no manifestó la misma intransigencia. Por ejemplo, autorizó a los escandinavos, durante al menos dos siglos, para que dejaran a la intemperie —a fin de desembarazarlos de ellos— a los recién nacidos no deseados, ya que la perpetuación de esa costumbre era una de las condiciones que habían puesto a su conversión al cristianismo. Por otro lado, desde hace dos milenios, la Iglesia mantiene una actitud muy equívoca hacia guerra y pena capital.

"Dejadlos vivir" no significa, pues, que hay que luchar con todas nuestras fuerzas para librar a un ser humano de la muerte. Significa más bien: "No contrariéis la voluntad de Dios; no obstaculicéis el proceso natural de la generación". Hay un sorprendente arcaísmo en esa actitud religiosa, una especie de fatalismo que contrasta con el intervencionismo tal vez excesivo de la Medicina moderna. Como quiera que los procesos de la vida y de la muerte están inexplicablemente ligados, pienso que la mejor manera de alterar el orden del mundo es intervenir en uno y no en el otro. ■ J. P. E.

© "Le Nouvel Observateur" y TRIUNFO, 1978.

ONCE mujeres en Bilbao, con sus nombres y apellidos, carnet de identidad y ficha penal correspondientes, han sido forzadas a salir de su situación anónima, de su condición de número en una estadística compuesta por 500.000 abortos. Mil trescientas mujeres con su carnet de identidad por delante, sus profesiones, sus nombres y apellidos en ristre se apresuran voluntariamente a salir de la estadística y del anonimato, para proclamar que ellas también han abortado. Quedan todavía en el anonimato no desvelado 500.000 firmas posibles, y aun millones de mujeres en un anonimato forzoso, en las que la presión social de los bienpensantes y sus agentes de orden han abortado todo gesto de solidaridad, todo grito personal de protesta.

La sociedad abortiva se ha puesto en movimiento. Primero se lanza a su habitual rastreo de lo menudo, olfatea el rastro de sangre de la miseria que ella misma provoca, ejemplariza y castiga sobre sus propias víctimas más desvalidas, pero cuando la reacción solidaria de las víctimas anónimas inicia su "destape" y planta cara para enfrentar a los abortadores con la magnitud de su desastre, con sus millares de abortos provocados, con sus viajes "charter" al ritmo semanal, cuando no diario, la sociedad abortiva se pone rápidamente en movimiento para evitar, para abortar de nuevo, el que una estadística conocida salga del anonimato, que cada número tenga su nombre y su apellido, su historia, su causa, su culpable, su víctima conocida, su marido, su amante, su violador, su cómplice, su victimario, la insostenible evidencia de que las mujeres que abortan, cada una de estas mujeres, no lo han hecho por su gusto y placer, sino forzadas, y que sus historias, cada una de sus historias, supera la anécdota personal para convertirse en historia de la sociedad abortiva en que vivimos, en comportamiento social que no puede castigarse individualmente, sino que requiere enfrentarse con él modificando las condiciones en las que el hecho inevitablemente se produce. La sociedad abortiva se ha puesto en movimiento y sin escatimar ningún medio trata de cortar la respuesta solidaria de 500.000 abortantes reales, que convierte en injusta la ley que penaliza y que el juez se ve obligado a aplicar sobre once casos concretos.

La campaña desatada contra las firmantes tiende a demostrar que éstas, pese a lo que ellas mismas dicen, no han abortado realmente, como si este hecho pudiera liberar a la sociedad de sus 500.000 abortos anónimos y de lo que realmente representa este hecho respecto a la configuración del culpable, y aun de la significación real que tienen las firmas de solidaridad que convierten nada menos que un gigantesco anónimo acusador en carta firmada y publicada. Si las firmantes lo único que han hecho es prestar su nombre y su carnet de identidad a millones de mujeres a quienes la sociedad les obliga a permanecer en el anonimato, habría que reconocer que han hecho bastante.

El hecho con el que no puede enfrentarse la sociedad, y de un modo especial la parte de la socie-

dad bienpensante y de orden, es que aborten "sus" mujeres. Es perfectamente asimilable por esa misma sociedad que haya mujeres que aborten, en tanto que el aborto sea un hecho delictivo que ocurre en una sociedad marginada, en un mundo que no pertenece a su orden, la cosa puede tolerarse y las leyes penales, los policías y los jueces, están como remedio para ser aplicado sobre ese mundo. La cuestión cambia y cambia radicalmente cuando es la sociedad ordenada y bienpensante la que aborta, cuando el aborto se "institucionaliza" dentro de su orden, cuando constatan que su orden no respeta lo que verbalmente han considerado respetable.

Las firmas de mujeres respetadas y respetables y aun muchas de ellas admiradas dentro del orden, que ejercen profesiones y ocupan lugares destacados dentro del orden, de personas con las que se encuentran, saludan, hablan, y la campaña generalizada para despenalizar dentro del orden el aborto,

han puesto al rojo vivo el hecho de que la sociedad —esa sociedad ordenada— aborta y que la sociedad misma organiza de una forma "decente", "limpia", y de todos conocida, el aborto y también han puesto en evidencia la hipocresía, casi inconcebible para los que no admiten que la sociedad ordenada y bienpensante "viva" en la hipocresía como "los cerdos viven sobre sus propios excrementos", que representa seguir manteniendo penalizado lo que pertenece al orden y la desvergüenza de seguir efectivamente castigando el aborto cuando éste se realiza en el mundo marginado, en el mundo del desorden. Quienes hoy se rasgan las vestiduras y condenan y se oponen, pero al propio tiempo viven como pez en el agua en esta sociedad abortiva y la defienden de toda posible modificación para lograr una sociedad no abortiva, o no comprenden nada o si lo comprenden no merecen el respeto que merecen las firmantes del escrito que tanto les ha indignado.

La despenalización del aborto es una cuestión de salubridad pública y mental del orden vigente, pero su realización no modificaría ni un ápice el hecho de que esta sociedad abortiva tan profundamente de derechos y bienpensante seguiría siendo inhabitable, y su orden, injusto; y una de las mejores razones para considerarla inhabitable e injusta y para luchar por su cambio y compartirla sería desde luego su carácter abortivo, su condición de provocadora permanente de abortos.

Pienso que en esta cuestión del aborto es el orden y sus gentes quienes deberían estar interesados en buscar justificantes morales de lo que hacen, en demostrarnos que el feto no es todavía persona y otros argumentos similares y que generalmente y de manera paradójica son aportados por los enemigos del sistema, después de todo en el arte de las legitimaciones son hábiles y tienen una larga práctica en meternos gato por liebre, yo al menos no movería ni un solo dedo para desculpizarlos, aunque sí estoy dispuesto —aunque no haya ido a Londres— a demostrar mi pública solidaridad con las once, con las 1.300 y con las 500.000 víctimas de la sociedad abortiva. ■

**Vivimos
en una sociedad
abortiva**
**IGNACIO FERNANDEZ
DE CASTRO**